

WITTGENSTEIN: EPISTEMOLOGÍA Y LENGUAJE

Andrés Gallardo^{1*}

Resumen

El texto intenta explicar las ideas de Wittgenstein relativas a la epistemología y el lenguaje (sobre todo, aquellas contenidas en las *Investigaciones Filosóficas* y *Sobre la Certeza*) de modo que pueda definirse, más precisamente, la relación de dicho pensamiento con algunos problemas y discusiones que forman parte de la epistemología contemporánea.

Palabras claves: epistemología, epistemología contemporánea, Wittgenstein.

Abstract

The paper deals with Wittgenstein's ideas about epistemology and language, mainly those from his *Philosophical Investigations* and *On Certainty*, so that the relationship between this thought and current debates in contemporary epistemology can be accurately defined.

Key words: Epistemology, Contemporary Epistemology, Wittgenstein

I

Quizá el aspecto más atacado por Wittgenstein en los escritos del denominado segundo periodo es la visión tradicional que la filosofía se ha hecho del lenguaje, a saber, la visión de que el lenguaje humano posee “una” estructura subyacente, una “esencia” que debe ser revelada mediante el análisis. Esta visión esencialista aparece en el *Tractatus Logico-Philosophicus*; allí la propiedad fundamental de las proposiciones (es decir, del lenguaje) consistía en que éstas describían los hechos del mundo (o el estado de cosas). Por ello, la forma general de la proposición podía parafrasearse en “las cosas están de tal y cual modo” (Wittgenstein, 2003, párr. 4.5). Esta imagen del lenguaje tuvo especial influencia en el Círculo de Viena y en las teorías semánticas

1 * Andrés Gallardo: Licenciado en Filosofía, profesor de la Escuela de Filosofía de la Universidad Nacional de Costa Rica. Correo electrónico: gallardo26@yahoo.com

más o menos adscritas al positivismo lógico. Una prueba de su gran dominio en la filosofía puede encontrarse en los escritos de Moritz Schlick².

Asimismo, se sabe que Wittgenstein pensó (posteriormente) que había trabajado sobre una idea fundamentalmente errada y que, según su opinión, debía abandonarse cualquier proyecto filosófico que tuviese como objetivo develar, mostrar o indicar dicha esencia. Para el último Wittgenstein, este no era sólo un mal menor: esta visión esencialista constituía, precisamente, la causa de los problemas metafísicos imperantes en la filosofía (es decir, constituía, al final de cuentas, la fuente del sinsentido filosófico). La tesis que combatía la idea de *una* esencia del lenguaje podría resumirse de la siguiente manera: La naturaleza (exclusiva) del lenguaje humano no consiste en un lenguaje que se “refiere a entidades”, sino que cumple con un gran número de funciones en la vida humana (dentro de las cuales referirse a entidades es sólo una de ellas).

Es decir, Wittgenstein sostuvo (en el segundo periodo) que la significatividad del lenguaje humano no depende de una esencia profunda (que permita caracterizarlo de manera unívoca), sino que ella obedece al modo en que se utilizan las palabras en diversos contextos; estos contextos dependen, a su vez, de las “formas de vida” de una comunidad (Cf. Wittgenstein, 1988, párr. 43)³. A este nuevo modo de explicar el significado de las palabras se le dio el nombre de “significado como función del uso” o, simplemente, “significado como uso”. Debe atribuírsele al Wittgenstein de las *Investigaciones Filosóficas* el origen de esta teoría semántica. Ella constituye un punto central para los diversos problemas que se afrontan en sus escritos del último periodo, así como para buena parte de las discusiones filosóficas contemporáneas.

II

Uno de estos problemas fundamentales atañe al estatus y la naturaleza del conocimiento. Dentro del método de investigación iniciado por Wittgenstein, dar cuenta de los enunciados epistémicos no es otra cosa que describir el juego de lenguaje al cual ellos pertenecen (o, lo que es lo mismo, dar cuenta de su lógica). Varios elementos originales se derivan de esta descripción: uno de ellos consiste en afirmar que los enunciados que adscriben conocimientos se corresponden con ciertas “capacidades”, que no es otra cosa que afirmar, en el lenguaje utilizado por Wittgenstein, que la gramática de la palabra “saber” se encuentra intrínsecamente vinculada con la gramática de palabras tales como “poder” o “ser capaz”, así como también emparentada de cerca con la palabra “entender” que, básicamente, quiere decir “dominar una

² Por ejemplo en su famoso artículo *El viraje de la filosofía* (citado por Ayer, 1965).

³ El concepto *forma de vida*, al igual que muchos otros conceptos empleados en ese texto son fuente de discusión, interpretación y análisis. El presente artículo no se detendrá en estas discusiones.

técnica”⁴. Es decir, la aplicación de la palabra “saber” (como cuando se dice: “Sally sabe contar hasta 8”) corresponde a la *capacidad* de quien habla un (juego de) lenguaje para “aplicar correctamente” los enunciados de la forma “sé tal y tal cosa” (se diría que Sally sabe contar hasta 8 cuando es capaz de proferir la secuencia de números que va del 1 al 8 sin cometer un error y deteniéndose exactamente al llegar a 8, no antes o después)⁵. Aplicar “correctamente” un enunciado consiste en aplicarlo de acuerdo con el uso que una comunidad hace de dicho enunciado dentro de determinado lenguaje (en este caso, de acuerdo al uso del lenguaje epistémico).

En esta idea que describe el uso de la palabra saber como una capacidad destacan, asimismo, tres elementos importantes: 1) los procesos mentales que acompañan a las expresiones en que se utilizan estas palabras (como por ejemplo, “Ahora lo comprendo” o “Ahora sé contar hasta 8”, etc.), no pueden constituir el significado de esas expresiones. Seguidamente se atenderá este aspecto; pero es importante anotar que el análisis de Wittgenstein en este punto guarda relación con el problema del lenguaje privado y el de “seguir una regla”, temas de los que no se ocupará este trabajo⁶. Sin embargo, 2) Wittgenstein no niega ni rechaza la existencia (ni la especificidad) de los procesos mentales propios de estas expresiones del lenguaje; afirma, más bien, que 3) son las “circunstancias” en las que acaecen estos eventos mentales, las que justifican el empleo de expresiones epistémicas tales como “Ahora sé contar hasta 8” u otras de este tipo.

Con el objetivo de esclarecer el primer punto (es decir, negar que el significado de la palabra saber consista o refiera a un estado mental), Wittgenstein utiliza una analogía muy conocida: la comparación (es decir, la descripción del juego de lenguaje) de los términos “saber” y aquello que denominamos “leer”. En las *Investigaciones Filosóficas* este análisis comprende los párrafos 156-178. El argumento propuesto en este extenso apartado es, más o menos, el siguiente: no existe un proceso mental característico (o esencial) de aquello que nosotros denominamos leer, sino simplemente una “familia de casos” y de situaciones en las cuales se aplica dicho término. En el párrafo 167 se pregunta: “Si leemos una oración impresa y luego la escribimos en alfabeto Morse – ¿Tiene aquí lugar realmente el mismo proceso mental?” (Wittgenstein, 1988). Así, si no existe un estado mental “único” al que corresponda la

4 Cf. Wittgenstein (1988, párr. 150).

5 En otros escritos del último periodo, Wittgenstein analiza esta idea desde la perspectiva de la verdad de los enunciados emitidos: “La *verdad* de mis afirmaciones es la prueba de mi *comprensión* [cursivas del autor] de esas afirmaciones. Es decir: si hago ciertas afirmaciones falsas, se vuelve incierto si las comprendo. Lo que cuenta como una prueba adecuada de una afirmación pertenece a la lógica. Pertenece a la descripción del juego de lenguaje” (Wittgenstein, 1969, párr. 80-82).

6 Mario Gómez-Torrente (2005) ha sugerido una interesante analogía entre el problema de las reglas y el lenguaje privado expuesto por Saúl Kripke y las que él denomina *atribuciones epistémicas*, en el sentido de que el fundamento para creer *p*, no puede consistir totalmente “en la existencia de una cosa que me es directamente accesible y que hace que para mí esté *justificado* (en sentido epistémico) creer que *p*.” p. 63

palabra leer, ¿cómo puede su significado referir, precisamente, a ese estado mental? Este y otros ejemplos del “juego” de la palabra leer muestran los casos en que, en determinadas “circunstancias”, se aplican diferentes “criterios” para decir que alguien lee; por tanto, son estas circunstancias – y no los eventos mentales – las que permiten afirmar, por ejemplo, que “Sally está leyendo el periódico”.

Algo similar ocurriría con las palabras “saber”, “comprender” y “entender”. No es ningún evento mental el que justifica su adscripción a ciertas personas (e incluso a nosotros mismos), sino las circunstancias en que estas palabras se aplican⁷. La imposibilidad de que los eventos mentales constituyan la parte “esencial” de estos términos se manifiesta, asimismo, cuando se analizan las relaciones existentes entre las aplicaciones de los conceptos de “creencia” y “conocimiento”. Wittgenstein señala estas relaciones:

Puede uno decir “Él lo cree, pero no es así”, mas no “Él lo sabe, pero no es así”. ¿Deriva esto de la diferencia entre el estado mental de la creencia y del conocimiento? No. – Por ejemplo, uno puede llamar “estado mental” a aquello que se expresa por el tono de voz al hablar, por los gestos, etc. Entonces sería *posible* hablar de un estado mental de convicción, y que puede ser el mismo si se trata de conocimiento o de falsa creencia. Pensar que diferentes estados deben corresponder a las palabras “creencia” y “conocimiento”, sería como si uno creyera que personas diferentes tuvieran que corresponder a la palabra “Yo” y al nombre “Ludwig”, porque los conceptos son distintos (Wittgenstein, 1969, párr. 42).

La aplicación de estos conceptos no deriva, pues, de un estado mental determinado, sino del contexto en el que son proferidos y utilizados. Esta es, según Wittgenstein, una de las características principales de los enunciados epistémicos (es decir, están relacionados con capacidades y contextos de uso). Pero los enunciados epistémicos responden, además, a dos exigencias más: 1) son propios de “determinados” juegos de lenguaje y, derivado de ello, 2) su aplicación está sujeta a nuestra capacidad para “justificarlos”, es decir, a nuestra capacidad de dar las razones y evidencias que sirvan de apoyo a dichos enunciados.

¿Cuáles son, pues, los juegos en los que tienen sentido los enunciados epistémicos? En sus escritos, Wittgenstein sugiere la idea de que el “juego de lenguaje” de la palabra “saber” presupone, a su vez, el “juego” de la palabra “dudar” (y viceversa),

⁷ Sirvanos un ejemplo: Cuando Sally *es capaz* de sumar correctamente $7+5$, $3+6$, $2+2$, etc., decimos entonces que *comprende* el concepto de suma (al menos para los números naturales menores a 10). Pero aquí ¿cuál es el criterio de la *comprensión*? Para Wittgenstein, este criterio consiste en el hecho de que, en ciertas *circunstancias* (por ejemplo, en un examen o en el supermercado), Sally puede dar una respuesta satisfactoria a las exigencias que le son solicitadas (Así, puede uno preguntarse: ¿es acaso el mismo estado mental el que acaece cuando Sally suma, en una prueba de la escuela, $7+5$, o cuando suma $7+5$ colones en el supermercado, o cuando a las 7 naranjas que lleva en el carro de compras añade 5?). Wittgenstein no renuncia, pues, a la existencia de estados mentales, sino a la idea de que ellos sirvan de *fundamento* para una parte de nuestro lenguaje.

que no es otra cosa que decir que es posible hablar significativamente de que “yo sé algo”, sólo allí donde existe la posibilidad de dudarle (y viceversa: sólo me es posible dudar de algo, allí donde también puedo conocerlo). Por ello, en las *Investigaciones Filosóficas* afirma: “«Sé...» puede querer decir «No dudo...» – pero no quiere decir que la frase «Dudo...» sea *carente de sentido*, que la duda esté excluida lógicamente” (Wittgenstein, 1988, p. 505).

En otras palabras: existen contextos y circunstancias (juegos de lenguaje) en las que no se permite la aplicación significativa de los conceptos *saber* y *dudar*.

Supongamos que Sally se presenta ante un médico y le responde (ante la lógica pregunta del doctor de cuál es su problema) que se levantó en la mañana dudando de que tiene dos pies, dos manos y una cabeza. Ciertamente el médico (o nosotros) no sabría qué hacer. Aquí habrían sólo tres opciones posibles: o Sally ha perdido la razón, o está jugando una broma al doctor, o no comprende (si fuese una niña) los casos en que se aplica la palabra *dudar*. En otras palabras: si Sally dudara de aquello de lo que no tiene sentido *dudar*, entonces no se podrían comprender sus señales como “señales” de juegos de lenguaje epistémicos, pues estas palabras (*dudar*, *saber*) no funcionan, en nuestras formas de vida, del modo en que Sally las empleó esa mañana con el médico (Wittgenstein, 1969).

Existen casos muy particulares (paradigmáticos) analizados por Wittgenstein en los que se pone en evidencia este hecho respecto de los enunciados epistémicos: por ejemplo, cuando en determinado contexto alguien manifestara que “realmente duda de si tiene o no un dolor”. En una situación como ésta, al igual que en el ejemplo de Sally cuando visita al médico, no se puede entender el significado de las palabras *saber* o *dudar* empleadas por el hablante -de hecho, se replantearía el problema de si la persona realmente comprende dichos conceptos (Wittgenstein, 1988; Wittgenstein, 1969).

Sin duda, la idea de la imposibilidad del empleo de enunciados epistémicos en situaciones como las anteriores, se encuentra relacionada con la imposibilidad de dar razones o evidencias para ellos. Hay que recordar que los enunciados epistémicos deben estar sujetos a justificaciones (ello ha sido un elemento destacado ya desde el tiempo de Platón, quien en su célebre definición de conocimiento estipula tres posibles formas que puede adquirir la justificación o *logos*). Esta es la segunda exigencia que se mencionó anteriormente: sólo se puede decir que se sabe algo si se está en capacidad de justificar la afirmación⁸. Si alguien (por ejemplo, Sally) aseverase que sabe que el cerro Chirripó tiene una altura de 3 820 mts., debe estar en capacidad de aportar evidencias para tal afirmación. Por ejemplo, puede justificar dicha afirmación apelando a sus estudios en el colegio o, mejor aún, utilizando un mapa e indicando su

⁸ De nuevo, Wittgenstein se vale de un ejemplo para explicar lo anterior (Cf. Wittgenstein, 1969, párr. 170) y su discusión sobre la altura del Mont Blanc (el pico más alto de los Alpes). En las líneas siguientes se seguirá el ejemplo de Wittgenstein con la respectiva modificación de la ilustración.

altura. En este contexto (en el que es posible dar razones o evidencias para la aseveración) se dice, pues, que Sally sabe que el cerro Chirripó tiene una altitud de 3 820 mts. Es de este modo (es decir, indicando un mapa o apelando a la enseñanza en la escuela), y dadas ciertas circunstancias, que se pueden aportar evidencias y razones que justifican las expresiones en que se afirma conocer algo.

Pero si es cierto que deben existir evidencias y razones para justificar las expresiones epistémicas, también lo es el hecho de que ésta justificación debe tener un límite, un final. Una justificación *ad infinitum* no es, en absoluto, una justificación. Supongamos que un oponente muy escrupuloso estuviera empeñado en hacernos indicar todas y cada una de las razones que se tienen para saber que el cerro Chirripó tiene una altitud de 3 820 mts. Se puede iniciar diciendo: “Bueno, así lo aprendí en la escuela”. Si nuestro oponente respondiera con la pregunta “¿y cómo sabes que eso es cierto?”, posiblemente se contestaría: “porque está escrito en los libros de textos realizados por expertos”. Si ante ello preguntara nuevamente “¿y cómo lo saben los expertos?”, se diría (no sin cierto fastidio) que lo han hecho mediante técnicas precisas de medición, etc. El escrupuloso amigo podría seguir esta serie de preguntas fastidiosas. Si se fuese tan escrupuloso como él (y se quisiera a toda costa justificar el conocimiento propio), se llevaría al individuo frente a tan aclamado cerro y se le obligaría a observarlo y medirlo (tal vez se podría medir conjuntamente). Aún así nuestro compañero y oponente podría contestar: “¿y cómo estás tan seguro de conocer (de la certeza) lo que ahora observamos?”, y aquí empiezan las dificultades (a menos, claro, que nos quedan todavía muchos más escrúpulos filosóficos).

III

No se trata de preguntas triviales. Un gran número de pensadores intentaron, de alguna forma, hacer frente a estas dificultades. El proyecto fundacionalista de Descartes o la teoría defendida por los empiristas británicos son buenos ejemplos. Hoy se sabe que su reductivismo radical (tal y como denominara Quine a la empresa de estos últimos) llegó a un callejón sin salida, y que es imposible detener las justificaciones en enunciados que, por ejemplo, nombren los “datos sensibles” (sólo por mencionar la tradición empirista). Pero si se ha mencionado que la justificación de los enunciados epistémicos debe alcanzar un límite, ¿cómo se puede establecer el límite de dichas justificaciones? Buena parte de la epistemología contemporánea intenta responder a preguntas de esta naturaleza. Sin duda, el fundacionalismo ha dado paso a enfoques pragmatistas o contextualistas, proyectos más relacionados con la noción de Wittgenstein sobre el carácter y la naturaleza de la justificación epistémica.

Para Wittgenstein, la aseveración de enunciados epistémicos se encuentra vinculada con la posibilidad de aportar evidencias y razones para ellos. Sin embargo, existen enunciados que no están sujetos a tales requisitos y que, en ese sentido, no

participan en el juego del lenguaje epistémico. Estos enunciados, sin embargo, juegan un papel en las justificaciones. Dice Wittgenstein: “[La expresión] ‘Yo sé’ está relacionada con la posibilidad de demostrar la verdad (...) [Pero] Si lo que él cree es de tal clase que las razones que él puede dar no son más seguras que su aserción, entonces no puede decir que él conoce lo que cree” (Wittgenstein, 1969, párr. 243).

La idea detrás de esta concepción estriba en el hecho de que, según Wittgenstein, el lenguaje (epistémico) no se apoya propiamente en enunciados epistémicos, es decir, descansa en un conjunto de expresiones en las cuales no entra en juego el lenguaje de las palabras saber o dudar, expresiones que tampoco pueden justificarse mediante pruebas, sólo mediante la enunciación misma de la expresión. Tal conjunto de creencias y de expresiones “no epistémicas” constituyen el “marco de referencia” del lenguaje epistémico. Son expresiones que, aunque no son justificables (en el sentido de “demostrar su verdad”), sirven de fundamento para nuestras justificaciones. A este conjunto pertenecerían los enunciados de los que Moore intenta dudar en *A Defense of Common Sense* y *Proof of External World*⁹, es decir, expresiones del tipo “Mis manos son reales” o “Existe un cuerpo vivo que es mi cuerpo”, “Tengo una cabeza”, etc. También corresponderían a este conjunto de expresiones enunciados del tipo “En este instante veo delante de mí el cerro Chirripó” (cuando, efectivamente, está a la vista el cerro Chirripó) o “Ahora siento dolor”.

En su texto *Sobre la certeza*, Wittgenstein aporta cuatro razones principales para explicar los motivos por los cuales las proposiciones del “marco de referencia” no pueden ser tratadas como enunciados epistémicos (o empíricos, en el sentido de “aportar evidencias”)¹⁰. La primera de ellas parte de la idea de que cuando alguien (por ejemplo, Sally) dice a otra persona “yo sé X”, uno supone que la persona que afirma dicha expresión posee información que la otra no tenía previamente. Para Wittgenstein, expresiones del tipo “yo sé X” contienen “implícitamente un deseo y una capacidad de informar, de aportar nuevos datos sobre X” (Tejedor Palau, 1996, p. 292). La gramática de las expresiones epistémicas y empíricas exhorta a que sea de esa manera. Sin embargo, las proposiciones del “marco de referencia” no se ajustarían a este esquema, tal como un sencillo ejercicio mental demostraría en el caso de las expresiones de Moore (por ejemplo, la afirmación “Tengo dos manos delante de mí”). Por eso, dice: “las verdades que Moore dice saber son tales que, dicho sea de paso, si él las sabe, todos las sabemos” (Wittgenstein, 1969, párr. 100). Es decir, no aportan información alguna hacia quien van dirigidas.

La segunda razón por la cual Wittgenstein insiste en la idea de que las proposiciones de nuestro “marco de referencia” no corresponden a enunciados epistémicos o empíricos, tiene que ver con la naturaleza misma del juego de la palabra saber. Como se ha mencionado, la expresión “sé tal y cual cosa” estaría vinculada con la posibili-

9 *Defensa del sentido común y Prueba de la existencia del mundo externo.*

10 Al respecto, consúltese también Tejedor Palau (1996, p. 289).

dad de demostrar su verdad, de dar pruebas para ella (Wittgenstein, 1969). No ocurre eso en el caso de las proposiciones básicas pertenecientes al marco de referencia: no estamos en capacidad de justificarlas porque no tiene ningún sentido, dado nuestro juego de lenguaje, hacerlo. Por este motivo, dichas expresiones son más bien el límite de nuestras justificaciones. Esta idea estaría vinculada a su vez con la tercera de sus razones: mientras que las proposiciones epistémicas y empíricas pueden estar sujetas a la duda, en el caso de las proposiciones básicas, se estaría en incapacidad de dudarlas, pues ello supondría socavar nuestros mismos esquemas mentales. Así, “una duda en este punto (es decir, sobre los enunciados de nuestro marco de referencia) parecería arrastrar todo consigo y reducirlo a un caos” (Wittgenstein, 1969, párr. 163).

Un último punto estaría vinculado con la posibilidad del error en las expresiones epistémicas y empíricas. Para Wittgenstein la relación de interdependencia de los conceptos saber y dudar es del todo “compatible” con la de los conceptos *error* y *acierto*. En la utilización del concepto de error (es decir, para que éste sea inteligible) debe existir un “fondo fijo” de creencias que se esté dispuesto a dar por sentado, de lo contrario, el concepto mismo de error carecería de sentido, pues si todas las creencias estuviesen equivocadas, ¿en qué consistiría el error?¹¹ En otras palabras: sólo es posible hablar de “errores” allí donde existe un contexto general (un fondo fijo), que establece un criterio de corrección para ciertos enunciados (los enunciados epistémicos). Las proposiciones básicas del marco de referencia constituirían este “fondo”, por ello, es un sinsentido hablar de error en lo que respecta a ellas. Esto sería, en último caso, como hablar del error allí donde no hay espacio para los usos adecuados y correctos de ciertas expresiones¹².

Resulta tentador pensar en la idea de que estos argumentos abren la posibilidad a una crítica acerca de la noción de la justificación por medio de “eventos privilegiados” (como un estado mental, una revelación o cualquier fuente de manifestación de lo evidente). Wittgenstein es consciente de esta implicación. Con este nuevo planteamiento, el marco de referencia se encuentra dado no por estos eventos privilegiados (cualquiera que sea su naturaleza), sino por nuestra forma de vida. A ella deben responder, en última instancia, nuestras justificaciones: “Dar razones, sin embargo, justificando las pruebas, llega a su fin; – pero el final no son ciertas proposiciones que se nos manifiestan inmediatamente como verdaderas (tal y como pensaron Descartes o los empiristas), es decir, no es una especie de *ver* de nuestra parte; es nuestro *actuar*, el cual subyace al final del juego de lenguaje” (Wittgenstein, 1969, párr. 204).

11 Tejedor Palau afirma: “si *todas* nuestras creencias fuesen errores, el concepto de error perdería totalmente sentido” (1996, p. 293). Asimismo, asevera Wittgenstein: “para poder cometer un error, un hombre debe juzgar en conformidad con la humanidad” (1969, párr. 154).

12 En su texto *Sobre la certeza* expresa, asimismo, esta idea: “En ciertas circunstancias un hombre no puede cometer un *error*. (“Poder” se usa aquí lógicamente, y la proposición no significa que un hombre no pueda decir algo falso en esas circunstancias). Si Moore hubiese dicho las proposiciones opuestas de las que él declara ciertas, nosotros no sólo no compartiríamos su opinión: lo consideraríamos como un demente” (1969, párr.155)

El límite para la “justificación” de nuestras expresiones epistémicas no se encuentra en una “región especial” que sirve de garantía para la certeza, sino en el juego mismo del lenguaje epistémico y en el modo de vida asociado a él. Así, frente a las ideas fundacionalistas de Descartes, quien afirmaba que el pensamiento en tanto objeto de la introspección era la fuente última de la evidencia (o frente a los empiristas que manifestaron que todo conocimiento podía reducirse a experiencia sensible), Wittgenstein enfatizará el papel que cumple el lenguaje epistémico dentro de una comunidad y su forma de vida. Sus ideas suponen un replanteamiento de las discusiones epistemológicas clásicas y de la epistemología como tal: qué es fundamento y qué no lo es deja de ser un problema que la filosofía deba resolver, pues las creencias que deben ser justificadas y las que deben servir de justificación es una cuestión sujeta a descripción: “Lo que ha de ser considerado como prueba suficiente de un enunciado pertenece a la lógica. Pertenece a la descripción del juego de lenguaje” (Wittgenstein, 1969, párr. 82).

IV

Recientemente, ciertas propuestas epistemológicas han heredado alguno de estos planteamientos. Tal es el caso del externalismo (semántico y epistemológico) defendido por Davidson, quien ha mantenido la idea de que el significado de las palabras depende de la relación de tres componentes: hablante-intérprete(s)-objeto(s). El componente ambiental de la teoría de Davidson (dado por los elementos intérprete-objeto) supone una comunidad de hablantes que utiliza el lenguaje, así como un mundo compartido por esta comunidad (los objetos). En su teoría, Davidson ha dado especial énfasis a estos elementos ambientales, al afirmar que “la aplicación” de conceptos determina su contenido (Davidson, 1990), aplicación que supone, entre otras cosas, objetos comunes al hablante-intérprete (tal como se ha dicho), así como un “trasfondo de creencias verdaderas” (compartidas por la comunidad). Esta última idea implica una propuesta epistemológica que puede fácilmente trasladarse a los escritos y al pensamiento de Wittgenstein.

Asimismo, la teoría semántica relativa al concepto de verdad de Davidson apela a esta comunidad y al mundo de los hablantes. Un ejemplo de ello se encuentra en su afirmación de que las oraciones “no tienen condiciones de verdad excepto cuando hablantes y garabateadores los encaman en sonidos y garabatos”; [por ello – dice –] “una teoría de la verdad debe tratar con preferencias y escrituras de los usuarios del lenguaje” (Davidson, 1997, pp. 182-183). Davidson se apoya en este hecho para rechazar la tesis de que la verdad sea correspondencia, coherencia, acertabilidad garantizada, o cualquier cosa que se le parezca. El rechazo de Davidson (y de la filosofía contemporánea) a las posiciones realistas o antirrealistas que se sustentan en estas antiguas ideas, muestra la vigencia del pensamiento epistemológico de Wittgenstein

-sobre todo en el reconocimiento del carácter intersubjetivo que debe contener cualquier teoría de la verdad (Davidson, 1997).

Otras ideas son importantes dentro de esta tradición: si se dice que el uso de palabras como saber o conocer está sujeto, a su vez, a los contextos en que sea posible hablar significativamente de la duda, entonces existe una clase de palabras que muestran este carácter especial respecto del juego de las palabras saber y dudar: los verbos psicológicos. Las expresiones “Sé lo que quiero, deseo, creo, siento”, etc. son, en este contexto, o bien sinsentidos filosóficos, o no son juicios a priori (Wittgenstein, 1988), pues expresiones tales como “Dudo que creo que hoy es sábado” o “No estoy seguro de que sienta dolor en mi pierna” son, a todas luces, sinsentidos. En este contexto debe leerse la famosa afirmación de Wittgenstein de que cada persona puede “saber lo que otro piensa, no lo que ella misma piensa”. Es decir, en el juego del lenguaje “es correcto decir «Sé lo que piensas» y falso «Sé lo que pienso»”¹³. Wittgenstein intuyó el debate en esta dirección y supuso que cuando se analizaran estos conceptos (los conceptos psicológicos) a la luz de la teoría de “juegos de lenguaje”, se visualizaría que buena parte de las discusiones filosóficas son simplemente el producto de la ignorancia respecto al modo en que el lenguaje funciona. De ahí su otra frase célebre: “toda una nube de filosofía se condensa en una gotita de gramática” (Wittgenstein, 1988, p. 507). Este es un proyecto que en sus rasgos generales ha guiado la discusión y el pensamiento contemporáneo y que, asimismo, sirve de marco conceptual para el abordaje de varios problemas filosóficos de larga tradición.

Referencias

Ayer, A. J. (1965). *El positivismo lógico* (Traducción de I. Aldama et al). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Dancy, J. (1993). *Introducción a la epistemología contemporánea* (Traducción de José Luis Prades Celma). Madrid: Tecnos.

Davidson, D. (1990). Epistemology Externalized. En *Subjective, Intersubjective, Objective*. Oxford: Oxford University Press. pp. 146-206

Davidson, D. (1997). Estructura y contenido de la verdad. En *Teorías de la verdad del siglo XX*. (Traducción de María José Frápoli). Madrid: Tecnos.

Gómez Torrente, M. (2005). El Wittgenstein de Kripke y la analogía entre reglas y fundamentos. En: *Revista Dianoia* 50 (55), 55-94.

Kripke, S. (1982). *Wittgenstein. On Rules and Private Language*. Cambridge: Harvard University Press.

13 Podrían mencionarse, con las diferencias del caso, a autores como Drestke en esta tradición. Este autor afirma, por ejemplo, que “el contenido de los estados mentales es una propiedad extrínseca y relacional de una persona” (Nuccetelli, 2003, p. 132). Es decir, los contenidos mentales estarían constituidos por condiciones *externas* que los hacen ser lo que son.

Nuccetelli, S. (Ed.) (2003). *New Essays in Semantic Externalism and Self Knowledge*. Cambridge: MIT Press.

Quine, W. v O. (2002). *Desde un punto de vista lógico*. (Traducción de Manuel Sacristán). Barcelona: Paidós.

Tejedor, Palau, M. A. (1996). La crítica de Wittgenstein al escepticismo: Moore y «Sobre la Certeza». En: *Anales del Seminario de Metafísica* 30, 287-292.

Wittgenstein, L. (1969). *On Certainty*. (Traducción de Denis Paul y G.M.E Anscombe). Oxford: Basil Blackwell.

Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones Filosóficas* (Traducción de Alfonso García Suárez y Ulises Moulines). México: Crítica.

Wittgenstein, L. (2003). *Tractatus Logico-Philosophicus* (Traducción de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera). Madrid: Alianza.